

Uno de los desafíos complejos que enfrenta la ciudad finisecular es su relación con aeropuertos y aeródromos. Por una parte, el transporte aéreo, una actividad que en buena medida encarna a la modernidad, representa una palanca de desarrollo fundamental, algo particularmente cierto para un país como Chile, ubicado en un confín del planeta y con "una loca geografía", como señaló Benjamín Subercaseaux. Por otra, los habitantes de las urbes de nuestra era tienen pleno derecho a defender su calidad de vida, cada vez más amenazada por la contaminación acústica, visual y del aire, tan propia de las grandes ciudades. La incesante expansión urbana lleva a estrangular numerosos aeropuertos, construidos originalmente en despoblado. Lo ocurrido con el aeródromo de Cavancha en Iquique, tan céntrico que la luz roja de un semáforo servía de señal para que los automóviles se detuvieran por el próximo aterrizaje de un avión, es un ejemplo extremo de ese proceso.

En ese contexto cabe situar la polémica en torno al aeródromo de Tobalaba, donde un reciente accidente ha llevado a algunos vecinos a pedir el cierre del mismo. El que esto ocurra en La Reina, una comuna con una alta conciencia ambientalista, encarnada en parte en la prematuramente fallecida diputada Laura Rodríguez, así como en su alcalde Fernando Castillo Velasco, y que hasta ahora ha evitado algunos de los excesos del caótico crecimiento de Las Condes o Providencia, le da a esta situación una dimensión adicional.

La petición no deja de tener visos de razonabilidad. ¿Por qué no trasladar el aeródromo a otro lugar y eliminar así una fuente de ruidos y de peligros potenciales? Como tantas veces en el acontecer humano, sin embargo, el acceder a la petición de las distintas juntas de vecinos y de grupos ambientalistas, lejos de lograr los objetivos ostensibles de sus proponentes, tendría el efecto opuesto, agravando los problemas de la

¿Tobalaba versus La Reina?

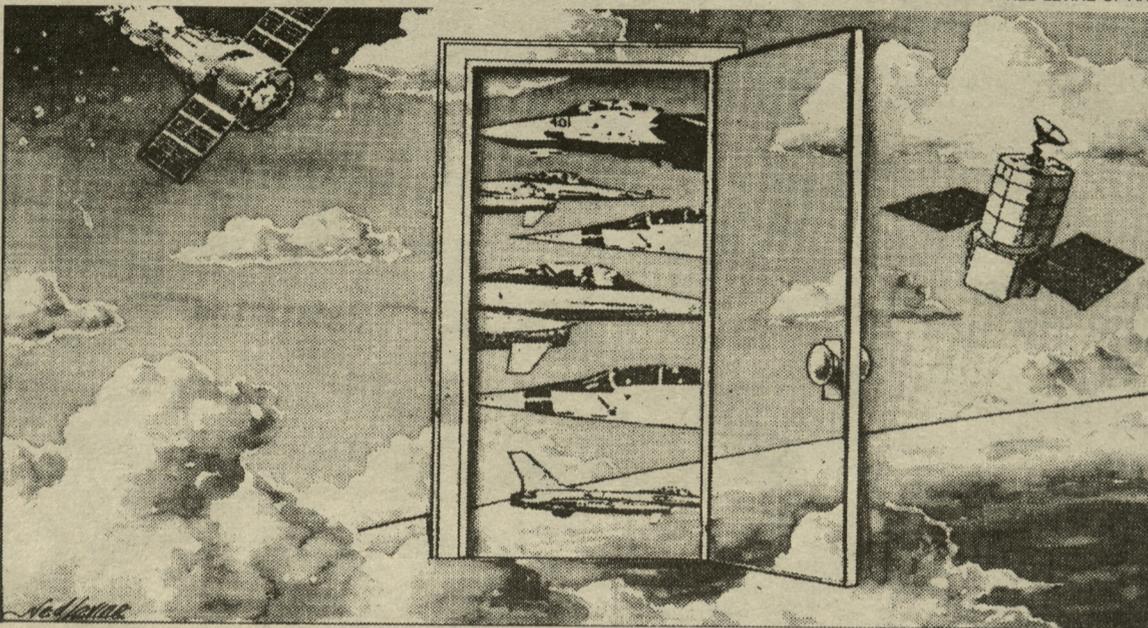
JORGE HEINE

comuna. Tobalaba no sólo no constituye un *handicap* para la comuna, sino que es un importante activo, cuyo cierre traería consecuencias negativas.

En primer lugar, cabe despejar el asunto de los accidentes. Desde sus inicios, hace casi 40 años, en Tobalaba, como señaló el experto de la Dirección de

la contaminación acústica. Es cierto que en otros países, particularmente Estados Unidos, el ruido producido por aviones supersónicos como el *Concorde* se ha convertido en una causa célebre de grupos ambientalistas. Pero no estamos hablando de eso, ni mucho menos. El ruido que hace un *Cessna*, un *Piper*, un

para salir a volar. En varios de mis cumpleaños el protagonista principal fue el "PAN", en que mi padre sacó a volar a mis invitados a la *matiné* infantil. Estos momentos me volvieron a la mente en una reciente visita, invitado por la Asociación de Mujeres Pilotos que preside nuestra legendaria y querida "dama del



NED LEVINE-OP ART

Aeronáutica Civil Eduardo Fernández en el 19º Simposio de Aeronáutica, efectuado en Osorno, se han llevado a cabo unos tres millones de operaciones de vuelo, con no más de 13 accidentes y unos 17 incidentes. En todo este tiempo, no ha habido ninguna víctima fatal que involucre a terceros, esto es, a los vecinos del aeródromo. Dada la altísima tasa de accidentes de medios de transporte terrestre en Chile, una de las más altas del mundo, parece absurdo invocar el tema de la seguridad para criticar a un aeródromo con una tasa estadística infinitesimal en la materia.

En segundo lugar está el tema

Aeronca o cualquiera de los pequeños aviones que utiliza el aeródromo de Tobalaba no es muy superior al que hace una micro acelerando por Príncipe de Gales. De lo que estamos hablando es de una aviación deportiva cuya presencia enriquece la variedad del paisaje.

Personalmente, le tengo un afecto muy especial a Tobalaba. Allí mis padres tenían su avión, un *Cessna 170* (CC-PAN). Además, algunos de los recuerdos más gratos de mi niñez son de aquellos sábados y domingos en que mi padre nos llevaba a mi hermano Andrés y a mí, atravesando alamedas en despoblado,

aire", Margot Duhalde.

Sin embargo, no son razones sentimentales, sino estrictamente de orden práctico, vinculadas al bienestar de la comuna de La Reina, las que deben llevar a desestimar esta campaña en contra del aeródromo. No me parece siquiera que el argumento más importante en contra de ella sea que el aeródromo estaba allí mucho antes que las casas que ahora lo rodean, y que sus dueños sabían que estaban adquiriendo una propiedad cercana a una pista de aterrizaje y todo lo que ello implica. Las razones tienen que ver con la calidad de vida de la comuna.

Para los dueños del aeródromo sería relativamente sencillo lotearlo, venderlo, y trasladarse a otra parte. Ello significaría que una vasta extensión de terreno que hoy funciona de hecho como "zona verde" dejaría de serlo para llenarse de casas, edificios y comercio. Un aumento drástico de la densidad poblacional de la zona, con el consiguiente incremento de la congestión vehicular (uno de los problemas más serios que tiene La Reina es su acceso), y de ruidos de todo tipo, serían las consecuencias inmediatas. El ronronear de los *Cessnas* sería reemplazado de inmediato por el martilleo incesante de muchos años de obras en construcción, con el consiguiente perjuicio para la tranquilidad del barrio. Creer que el aeródromo podría ser reemplazado por la placidez de un parque es una equivocación. Lo único que los dueños estarían en condiciones de hacer, dada la enorme inversión que significaría comprar una nueva propiedad, hacer una pista y construir los hangares, talleres y otras facilidades que se requiere, sería vender el actual terreno para su urbanización. Y mientras más alta la densidad, más alto el precio que podrían obtener.

Revertir el deterioro de la calidad de vida en Santiago es no sólo una causa noble, sino que un deber imperativo para todos los que creemos que esta es una gran ciudad que ha sido muy mal tratada durante demasiados años. Ello implica muchas cosas en que están inextricablemente unidos el transporte con el desarrollo urbano: más líneas de Metro, la vuelta de los queridos *trolleys* a nuestras calles y un programa masivo de ciclovías (¿por qué no se construyen si hay un gran financiamiento internacional para ellas?), son algunas de las tareas en esa materia. Definitivamente, sin embargo, el cierre del aeródromo de Tobalaba no sólo no contribuiría a ello, sino que terminaría ocasionando un gran perjuicio a los vecinos de La Reina.

(El autor es subsecretario de Aviación)

Cuando se le pregunta a las principales figuras políticas de la derecha sobre el conocimiento que ellos tuvieron de las gravísimas violaciones a los derechos humanos acaecidos en nuestra patria a partir del 11 de septiembre de 1973, responden inalterablemente —añadiendo a veces frases de dolor— que ellos ignoraron absolutamente todas estas situaciones delictuales. Agregan algo más: que ellos se alejaron de la actividad, dedicándose sólo a sus actividades privadas (o cuando más, a actividades oficiales marginadas del ámbito de los derechos humanos).

En este aspecto conviene hacer una primera reflexión: resulta realmente sorprendente y decepcionante que políticos elegidos por el pueblo, o llamados por sus cargos a representar a la gente y los intereses superiores de la patria, hagan abandono absoluto de sus responsabilidades morales cuando en una sociedad se implanta una dictadura y se desata la barbarie. Más triste es aún que dichos políticos sustituyan tan rápidamente las obligaciones del servicio público y las reemplacen por pingües negocios. Jamás comprenderemos la falsa moral de aquellos políticos que entienden que hay tiempos de democracia para optar a los honores públicos y tiempos de tiranía

Falsedad repetida

ANDRES AYLWIN AZOCAR

para llenarse los bolsillos de dinero.

Cuando a partir del 11 de septiembre de 1973 me tocó ver y sufrir la conducta oportunista de la derecha chilena (defensora de principios, primero, y a los pocos días legitimadora de la crueldad, por acción u omisión) siempre pensé que, vuelta la democracia, dichos políticos jamás pretenderían acceder nuevamente a responsabilidades públicas. Era la mínima decencia que el país podía esperar de ellos.

Insistimos, esto (permanecer en sus actividades privadas) era lo éticamente esperable pues ellos callaron cuando su obligación cívica era alzar la voz contra las crueldades; ellos se dedicaron a ganar dinero cuando su imperativo era defender al hombre o mujer ultrajados; ellos hicieron suculentos negocios cuando su imperativo ético era defender la tradición democrática de la patria.

Sin embargo, todos sabemos que (salvo respetables excepciones) esos mismos políticos que a partir del 11 de septiembre de 1973 guardaron los principios en el

baúl de los recuerdos, vuelta la democracia en 1989, aparecieron otra vez, frescos y sonrientes, hablando nuevamente de los mismos valores morales que olvidaron durante 17 años. Es algo realmente vergonzoso e indignante.

Reiteramos: jamás entenderemos ni aceptaremos la extraña moral de aquellos políticos que entienden que hay tiempos fáciles para optar a los honores públicos y tiempos políticamente difíciles para vivir tranquilamente y dedicarse sólo a las actividades privadas.

Sin embargo, deseo ser más claro aún. La generalidad de aquellos políticos de derecha no sólo tuvo plena conciencia del quiebre institucional, del campo de prisioneros en la isla Dawson, del Estadio Nacional, del Estadio Chile, de los Consejos de Guerra, del asesinato a manos de los tribunales, del recurso de amparo. Supieron mucho más que todo eso. Y es absolutamente falso lo que hoy afirman en el sentido de que estuvieron en desconocimiento total del proceso genocida de ase-

sinato masivo de miles de campesinos, trabajadores, estudiantes, mujeres y jóvenes que la sociedad chilena vivió y sufrió a partir del 11 de septiembre de 1973. Es ya hora de que nos dejemos de falsedades.

En verdad, aquí en Chile sucedió algo parecido a lo que aconteció en la Alemania de Hitler en cuanto a la represión a los judíos. Aunque todos afirmaban no saber nada, la verdad es que todas las personas con algún grado de influencia conocían, en mayor o menor medida, lo que estaba sucediendo.

Personalmente, yo podría relatar muchas decenas de vivencias y testimonios que confirman lo que expresé en cuanto a que la derecha chilena nunca dejó de saber, en mayor o menor grado, de las violaciones masivas a los derechos humanos acaecidos en nuestra patria. No deseo entrar, hoy, en esos aspectos dolorosos. Pero sí me parece indispensable puntualizar esa realidad política y moral que no debemos olvidar cuando hoy aparecen adquiriendo nueva fuerza los sectores de la derecha chilena que están más comprometidos con una concepción totalitaria o pinochetista de la política.

(El autor es diputado de la Democracia Cristiana)